

Capítulo 2

EL PREGUNTAR FILOSÓFICO Y LA ACTITUD FILOSÓFICA

Hasta aquí, en lo sustancial, hemos postulado la pertinencia filosófico-didáctica de coherencia entre lo que se asume que es filosofía y lo que se enseña en su nombre; hemos sostenido también que toda pregunta que sea genuinamente filosófica deberá involucrar intencionalmente a quien (se) la formula (porque sólo en este caso las posibles respuestas tendrán una significación sustancial para quien se pregunta) y, finalmente, que un curso que podamos llamar *filosófico* debería ser un ámbito fértil para el preguntar de la filosofía.

Podríamos ahora plantearnos ¿qué hace, en definitiva, que una pregunta o un cuestionamiento sea “filosófico”? ¿qué lo distingue de otro tipo de interrogantes? Diremos, en principio, que la definición del carácter filosófico de una pregunta depende del tipo de respuesta que espera el que la formula.⁹ Es decir, lo que hace filosófico un interrogante es, fundamentalmente, la intencionalidad de quien pregunta o se pregunta, más que la pregunta en sí. Esto quiere decir que las mismas palabras que componen una pregunta podrían sostener una inquietud filosófica, como no. Es posible preguntar “¿qué es la vida?”, “¿qué es la muerte?” o “¿qué es la justicia?” sin intención filosófica. “¿Qué es la vida?” o “¿qué es la

⁹ Risieri Frondizi consideraba algo similar de las eventuales respuestas que podrían ofrecerse a la pregunta “¿qué es filosofía?” (Frondizi, 1986).

muerte?" pueden ser respondidas técnicamente desde la medicina o la biología, "¿qué es la justicia?" desde el derecho, etc., y de esa manera satisfacer la inquietud de quien pregunta.

La intencionalidad filosófica del preguntar se enraíza en la aspiración al saber, pero su rasgo distintivo es que aspira a un saber sin supuestos. Por esto, el preguntar filosófico no se conforma con las primeras respuestas que suelen ofrecerse, que por lo general interrumpen el preguntar por la aparición de los primeros supuestos. Pero como un saber sin supuestos es imposible, el cuestionar del filósofo es permanente. Las preguntas científicas, políticas, religiosas, etc., se detienen cuando aparece la incuestionabilidad de los supuestos que sostienen esos campos. El científico, por ejemplo, quedará satisfecho cuando la pregunta que se formula es respondida *científicamente*; esto es, cuando la respuesta adquiere sentido por ser una expresión, una recomposición o un caso particular de los saberes que son dominantes en su disciplina. Es decir, cuando pueda ser subsumida dentro de su legalidad o normalidad (en el presente o en el futuro, si todavía no se cuentan con los medios o recursos materiales para ello). Si la pregunta no se ordena de acuerdo con la legalidad de la disciplina científica, es ininteligible, considerada carente de sentido o ficcional.

El preguntar filosófico pretende enriquecer el sentido del cuestionamiento y universalizar la dimensión de las respuestas. El interrogar filosófico no se satisface, entonces, con el primer intento de respuesta, sino que se constituye fundamentalmente en el re-preguntar. En definitiva, no es otra cosa que la molestia insistencia del viejo Sócrates por horadar las afirmaciones hasta hacerlas tambalear, o hasta que sean capaces de mostrar su fortaleza. En sentido estricto, el preguntar filosófico no se detiene nunca, porque el amor o el deseo de saber (la *filo-sofía*), para un filósofo, nunca se colma.

En esta inquietud de saber, la pregunta filosófica se dirige, con perseverancia, al corazón del concepto. El desplazamiento que se produce, por ejemplo, entre la apreciación de una pintura bella y

la conceptualización de la belleza, significa una enigración desde una circunstancia particular hacia la universalidad de las ideas. La inquietud filosófica abre el horizonte de lo que "se dice", o lo que dice la ciencia, el arte, etc., para recomponerlo en el plano del puro concepto y extremar así su significación.

Por otra parte, el filósofo no inventa sus cuestiones o sus problemas de la nada. Podríamos decir, más bien, que es un *re-creador* de problemas. La filosofía es hija de su tiempo y de sus circunstancias (recordemos con Hegel que "el búho de Minerva levanta su vuelo en el ocaso"), y esas circunstancias, condicionamientos o fuentes son aquello que hacen los seres humanos: el arte, la ciencia, la política, el amor. ¿Cómo podría el filósofo hablar del arte si no existieran los artistas que hacen las obras, o de la ciencia si no hubiera científicos que desarrollan sus teorías, o de la justicia si nadie se interesara por la política, o del amor si no hubiera enamorados? En virtud de esto, podríamos también afirmar que la filosofía piensa las condiciones de sus preguntas. O, lo que es lo mismo, la filosofía piensa sus propias condiciones. Por cierto, el mundo que condiciona la filosofía es el de su tiempo (o del pasado, reconstruido desde su tiempo). En otros términos, la tarea de la filosofía será llevar al concepto lo que ese mundo presenta.

En virtud de lo expuesto, la reflexión sobre la enseñanza filosófica debería volcarse, como adelantamos, sobre las condiciones de posibilidad de las preguntas filosóficas. Y sobre cómo es posible crear un ámbito en el que un grupo escolar, y cada uno de quienes lo integran, asuman como propios algunos interrogantes filosóficos.

Hemos afirmado que lo que sostiene el carácter filosófico de una pregunta es la intencionalidad de quien pregunta. Adoptando una terminología de inspiración sartreana, no habría, entonces, un preguntar filosófico "en sí", como si las preguntas filosóficas pudieran ser objetivadas sin el compromiso que supone asumirías en toda su magnitud. Podríamos decir que el preguntar filosófico es siempre "para sí". Quien pregunta y se pregunta filosóficamente

te interviene en el mundo y se sitúa subjetivamente en él. Lleva adelante un gesto de desnaturalización de lo que se le aparece, interpela lo que "se dice" y se dirige a los saberes con una inquietud radical. Ahora bien, la cuestión es cómo se podría enseñar esa intencionalidad o ese deseo de saber que sostiene las preguntas filosóficas.

Las preguntas que se formula la filosofía asumen o hacen referencia, de manera directa o indirecta, a la que las funda: ¿qué es filosofía? Pero para la filosofía, la delimitación de su campo es *ya* un problema filosófico y, como señalamos en el capítulo precedente, no hay una respuesta unívoca a esta cuestión. Cada corriente filosófica, o cada filósofo, caracteriza a la filosofía de acuerdo a sus propuestas teóricas y representa un aporte más al nutrido bagaje semántico del término.

Cuando en la situación de dar clase, sobre todo en la escuela o en cursos de estudios que no son de filosofía, se intenta afrontar el interrogante "¿qué es la filosofía?" (o "¿para qué sirve?", etc.) y se muestran las dificultades que surgen para alcanzar una respuesta única, suele quedar, en quien escucha, la extraña sensación de que se trata de juegos de palabras, de que se está queriendo eludir, en última instancia, una definición precisa. Es decir, parecería que siempre quedará algo no satisfecho, no resuelto por las repuestas que demos —o que nos demos— que dará la sensación de que algo ha fallado, o que algo está faltando.

Ahora bien, esta incertidumbre, molestia o insatisfacción surgida de la imposibilidad de dar cuenta cabalmente de lo más básico de nuestra actividad, lejos de ser un obstáculo filosófico o didáctico —o, tal vez, precisamente por serlo— constituye la llave del filosofar. Consideramos que lo que mueve a filosofar es el desafío de tener que dar cuenta, permanentemente, de una distancia o un vacío que no se termina de colmar. Podríamos decir que quienes nos dedicamos a la filosofía actualizamos, día a día, ese desafío, porque intentamos responder cotidianamente aquella pregunta. Y enseñar, o intentar transmitir la filosofía, es también —y antes

que nada — un desafío filosófico, porque en la tarea de enseñar nos vemos obligados a enfrentarnos con ese vacío e intentar reducir, cada uno a su manera, aquella distancia que busca ser colmada.

Pero uno ya ha elegido *habitar* la filosofía. Filósofos, profesores de filosofía, investigadores en filosofía, encarnan dicho desafío porque es lo suyo, aquello que han elegido, pero ¿qué pasa con quien no lo ha hecho, al menos hasta el momento? ¿Qué pasa con aquellos para los cuales la filosofía es algo ajeno y recién toman contacto con ella?, ¿se puede enseñar, se puede transmitir o "contagiar" ese interés por problematizar, surgido de una incertidumbre inicial? En última instancia, ¿se puede enseñar el *deseo* de filosofar?

¿Qué sería aquello que podríamos enseñar y eventualmente aprender? Por cierto, supondremos que la filosofía y el filosofar son mucho más que la apropiación de ciertas habilidades lógico-argumentativas o cognitivas en un campo de objetos determinados. Estas destrezas, que son indispensables para el desarrollo de un pensar sistemático, constituyen más una condición para el filosofar que un fin en sí mismo. Por lo tanto, la respuesta no se agota en afirmar que la enseñanza filosófica se dirige básicamente a promover y ejercitar aquellas habilidades, aunque —por cierto— constituyan un aspecto sustancial.

El desafío es, entonces: ¿en qué medida se podría ser un *poco filósofo*, sin importar el nivel de conocimientos? ¿Es posible que en la enseñanza de la filosofía *en cualquier nivel* haya algo propio de lo filosófico, algo que sea común tanto en el que se inicia en la filosofía como en el filósofo experimentado?

Podríamos suponer que entre los campos disciplinares especializados y lo que se enseña en su nombre, por ejemplo en la escuela secundaria, habría diferencias cuantitativas y cualitativas. Lo cuantitativo no sería mayormente problemático porque se trataría de más, o de menos, de lo mismo, pero lo cualitativo atañe a que se estaría enseñando "otra cosa" que lo que se hace o conoce en el campo de especialización. Para el caso de la filosofía, sos-

tendremos que hay aspectos de la práctica del filósofo que pueden ponerse de manifiesto, de diferentes formas, en los diversos niveles de la enseñanza; que podría haber algo en común, desde el punto de vista cualitativo, entre la actividad de un filósofo y la de alguien que se inicia en el filosofar. Esto querrá decir que, bajo ciertas condiciones, *cualquiera* podría llegar a filosofar. Es decir, que cualquiera podría hacerse cierto tipo de preguntas filosóficas e intentar, en alguna medida, responderlas. Obviamente, el grado de profundidad, de dedicación, de referencia con otros problemas, de encuadre teórico, de erudición, etc., que tenga esa actividad será seguramente diferente al de un "especialista". Pero no lo harían menos filosófico.

El reto consistiría en encontrar algo germinal del filosofar de los filósofos que pueda ser actualizado en los aprendizajes de filosofía. Por cierto, no será ni una definición de filosofía ni un contenido filosófico específico, ya que, como dijimos, esto podrá variar de acuerdo con la perspectiva de la filosofía que se adopte. Ese espacio en común entre filósofos y aprendizajes será más bien una *actitud*: la actitud de sospecha, cuestionadora o crítica, del filosofar. Lo que habría que intentar enseñar sería, entonces, esa mirada aguda que no quiere dejar nada sin revisar, esa actitud radical que permite problematizar las afirmaciones o poner en duda aquello que se presenta como obvio, natural o normal. Y esta disposición la encontramos en cualquier filósofo: en Sócrates, en Descartes, en Kant, en Marx, en Wittgenstein o en Deleuze. Si bien cada uno definirá sus preguntas, construirá sus problemas y ofrecerá sus respuestas, es decir, construirá su filosofía, la tenaz inquietud de la búsqueda es un rasgo común a todos los filósofos. Y esto también lo podemos encontrar en el profesor o la profesora del curso de filosofía, cuando filosofa con su alumnos, cuando exhibe su actitud perseverante de preguntar y preguntarse e intenta hallar respuestas.

Hemos sostenido que no hay una manera exclusiva de definir la filosofía y que en esa particularidad se basa gran parte de su riqueza y sus desafíos, ya que cualquier intento serio de abordarla nos conduce inexorablemente a tener que filosofar. La enseñanza de la filosofía no es, entonces, algo que se pueda "resolver" por fuera de esta cuestión. De acuerdo a lo que hemos planteado, enseñar filosofía supone básicamente enseñar a filosofar, y hemos caracterizado el filosofar, más que por la adquisición de ciertos conocimientos o el manejo de algunos procedimientos, por un rasgo distintivo: la intención y la actitud insistente del preguntar, del problematizar y, de acuerdo a ello, de buscar respuestas. Ahora bien, ¿cómo es posible vincular los conocimientos históricos de la filosofía con la enseñanza de una "actitud"? ¿Cómo se relacionarían los contenidos filosóficos tradicionales con la intervención creativa de quienes participan en una clase filosófica? De esto, comenzaremos a ocuparnos en el próximo capítulo.